

sus rayos contra todas las rebeldías del individualismo religioso ó político y rehacer, por medio de su autoridad dogmática, la autoridad social en sus tempestuosos tiempos. El primero en reanudar la tradición puramente evangélica, es San Francisco de Asís. Diríase al verlo que ha salido de las catacumbas, que ha orado en las tinieblas eternas, que ha visto flamear como una amenaza sobre su cabeza los cetros y las espadas de los poderosos y arder á sus piés como un infierno las hogueras de los mártires. Para sus penitencias, busca, como los primitivos apóstoles, el desierto; para sus cánticos y oraciones, el acompañamiento de las aves del cielo y el incienso de las flores del campo; para el apostolado de su doctrina, el pobre y el mendigo; porque la finalidad y objeto de su existencia es llorar con los que lloran, padecer con los que padecen, morir por los desvalidos y por los opresos. El espíritu democrático del Evangelio renace con toda su pristina pureza en él. Y se oye en coro sublime, sobre un mundo de autoridad, de fuerza, de guerra, donde la espada es el primer derecho y la victoria es la primer razón, sonar el eterno tema de la oración en la montaña: «Bienaventurados los humildes, los débiles, los pobres, los desgraciados, los ignorantes, los atribulados, porque de ellos será el reino de los cielos.» Y San Francisco resucitaba la verdadera doctrina cristiana, puesto que toda la enseñanza evangélica es una enseñanza democrática. La han preparado los profetas; y los profetas no son más que los tribunos religiosos, consagrados á combatir la idolatría de los Reyes. Jamás ha dicho Milton contra Carlos I, ni Mirabeau contra Luis XVI, ni Tácito contra Tiberio lo que ha dicho Samuel contra Saúl en sus esfuerzos para impedir la transformación monárquica de Judá. El Bautista vive preparando las vías del Salvador, y muere al capricho de una corte, al antojo de una cortesana, al mandato de un poderoso de la tierra, enemigo natural de las revelaciones del cielo. El pueblo de Cristo es un pueblo de esclavos; su familia, una familia destronada; su padre un carpintero; su cuna un establo; sus primeros devotos, los pastores; sus primeros enemigos, los escribas y los fariseos que componían la aristocracia de Jerusalén; sus primeros apóstoles, los pobres pescadores; su primer perseguidor, un Herodes; su mayor enemigo un Caifás; su juez, un Pilatos; su templo, el desierto lleno de ideas y no la sinagoga teocrática llena de tinieblas; sus bienaventuranzas, la promesa de consuelo á los afligidos y de libertad á los opresos; su doctrina religiosa venida de un solo Dios y consagrada á todos los hombres, doctrina de igualdad; su vida, un combate con la superstición y el privilegio; su muerte, un divino holocausto por la salud de todos los desheredados y una eternal acusación á la soberbia de todos los tiranos. Esa tendencia democrática de la doctrina cristiana resucitaba el Santo, en una sociedad tan fundada sobre la guerra y sobre la fuerza como la misma sociedad romana. A la cabeza del clero había un Papa con tres coronas y con extenso patrimonio temporal, donación de Pipino, agrandada por la piadosa condesa Matilde y que era el signo de la autoridad moral del pontificado. A la cabeza del mundo había un Emperador, cuyo poder estaba siempre en litigio y cuyo litigio

era una guerra perpetua. La soberanía estaba en la propiedad y la propiedad se extendía, á pesar de trece siglos de cristianismo, sobre las personas. Los valerosos, que habían sometido una compañía á sus mandatos y luchado con ella contra otros enemigos en armas, tomaban sus conquistas por una propiedad, y sobre la propiedad constituían todas las jurisdicciones, desde la jurisdicción del Rey hasta la jurisdicción del juez y desde la jurisdicción del juez hasta la jurisdicción del verdugo. Los Reyes no eran más que los jefes, los primeros, los más fuertes de aquella sociedad de conquistadores y terratenientes, siempre armados para defender su propiedad ó conquistar la propiedad ajena. Los obispos, los abades, los monjes eran señores feudales y ejercían todas las jurisdicciones anexas al privilegio señorial. Las ciudades mismas donde comenzaba á brotar la raíz de la democracia se constituían como una personalidad jurídica con ejercicio de derechos señoriales y luchaban rudamente con las otras ciudades en aquella guerra universal por la propiedad. Y en mundo constituido de tal suerte, la voz del religioso se levanta por los campos, por las calles, por las encrucijadas, predicando que está la perfección cristiana en la humildad, en la pobreza, en la miseria, entre los siervos, entre los desheredados, entre los mendigos. Naturalmente, las castas se rompían, la igualdad avanzaba, los maldecidos por los malos usos, los esclavizados por las bárbaras leyes, entraban en el claustro y se colocaban á la cabeza de todas las clases ungidos por la religión, y de esta suerte se fundaba con las mismas órdenes monásticas más desvanecidas del mundo, más ajenas á la vida real, más consagradas á sus ayunos y á sus oraciones, por vías misteriosas y providenciales, una sólida, una profunda, una invariable democracia que debía fundar una nueva sociedad. Así es que la orden franciscana engendra inmediatamente una secta, la cual rompe toda la doctrina ortodoxa y despierta la tendencia vivísima á creer en segura renovación dogmática después de la renovación moral para el establecimiento de progresiva Iglesia donde sean perpetuas las relaciones del cielo con la conciencia del hombre. Evangelio eterno se llama el sistema teológico erigido en creencia complementaria del cristianismo por estos hermanos de San Francisco. Dos revelaciones religiosas han esclarecido el alma humana. Primero, en el comienzo de las edades, cuando la tierra todavía está cercana á su creación, aparece en los desiertos, y ante la tienda de los patriarcas, en la zarza del Horeb y en las tempestades del Sinai, aquella revelación que los franciscanos llaman del Padre, por ser de Dios puro, de la primer persona de la Trinidad, revelación apropiada á un pueblo primitivo que se ha educado en la servidumbre de Egipto al pié de las Pirámides; que se ha redimido por una peregrinación nómada desde el Africa al Asia hasta llegar á su tierra de Palestina; que ha necesitado, junto á los preceptos morales, preceptos higiénicos y políticos, para iniciar la lenta y trabajosa educación de la humanidad en el crecimiento de su vida sobre la tierra y de su conciencia en lo infinito. Pero á la revelación del Padre sucede la revelación del Hijo. Aquella se verifica en el comienzo de los tiempos

y ésta en su madurez; aquella cuando las sociedades civiles nacen bajo la tienda de los patriarcas, y éstas cuando las sociedades civiles se completan y robustecen por las instituciones del derecho romano; aquélla en el relampagueo de las cumbres de Sinaí, y ésta en la sublime desnudez del Calvario; aquélla por la tonante voz de un Dios airado, y ésta por la humilde sangre de un mártir sin mancha, siendo la primera la revelación del Sér, y la segunda la revelación del amor; la primera la revelación de Jehová, y la segunda la revelación del Verbo; la primera la revelación del Padre, y la segunda la revelación del Hijo, necesarias ambas para el desarrollo de nuestro espíritu en la tierra y para su comunicación estrecha con el cielo. Y así como la sociedad patriarcal se iluminó en la revelación del Padre ó del Sér, y la sociedad romana con la revelación del Hijo ó del Amor, nuestra sociedad se iluminará con la revelación del Espíritu ó de la Ciencia. Y de esta suerte la orden franciscana rompe, por la apoteosis del mendigo, la sociedad feudal, y por la esperanza en el advenimiento del Espíritu Santo para revelar una verdad más clara en una conciencia más humana, la autoridad teocrática. Y de toda esta maravillosa transformación democrática son himnos los versos que ha compuesto y los cantares que ha entonado San Francisco en Asís.

Compañero de San Francisco y continuador de su obra democrática el célebre San Antonio de Padua. San Francisco sólo tuvo ideas y sentimientos republicanos; San Antonio para la República verbo y obra. Cosa difícil entonces, en la mitad primera del siglo décimo-tercio, un arte como la oratoria, cuando el rústico latín antiguo, afeado por la decadencia romana y por las libertades que con él se tomaban en la Edad Media desde los irruptores hasta los eclesiásticos; iba poco á poco apagándose como débil pavesa en los labios del pueblo, y no había nacido aún, sino en cabezas franciscanas, el romance, recién formado aún por las multitudes, que aguardaban, como una férrea materia recién fundida y candente, aquellas frases dantescas, productos de una forja, donde, sobre yunque ciclópeo y con martillo de titán, al forjarse un poema cíclico, se forjaba, según hizo el poeta legendario con su griego antiguo, el italiano moderno. Así tenía que valerse Antonio de dos lenguajes, del moribundo latín y del romance naciente, imperfectos ambos, por demasiado viejo aquél, y éste por demasiado niño. Los maestros en retórica guardaban para tales modos de hablar sus calificativos más ó menos bárbaros. A quien se producía en latín, decíanle que hablaba *sapienter*; y á quien se producía en romance, decíanle que hablaba *maternaliter*. Tirabosqui nos ha conservado las oraciones del Santo. Convengamos en que no parecen ellas ni de Bossuet, ni de Granada. Textos extraídos del Viejo y Nuevo Testamento; sentencias arrancadas á los Padres de la Iglesia; proverbios vulgares; mucho de cosecha extraña y poco de propia cosecha, y eso malo: tal concepto merecen á un juicio imparcial sus sermones, leídos tras setecientos años en una biblioteca para efectos de historia crítica ó de literaria erudición. Pero juzgar una sociedad férrea en que comien-

zan á gustarse los goces del espíritu y un pueblo verdaderamente oprimido que aguarda de labios inspirados promesas para su alivio en el mundo y su bienaventuranza en el cielo; una lengua popular naciente de sobrenatural virtud sobre las almas; el aire libre y el espacio abierto; plazas henchidas de auditorio fervoroso; un fraile joven que desde ambulante ambona según llamaban entonces al púlpito, como desde un ara celestial, predica; y comprenderéis que llegue la electrización de quienes oyen hasta enajenarse y perder su voluntad tras el encanto de sus oídos y la sacudida de sus nervios como el poder de quien habla en una especie de fiebre intelectual hasta conmover, no ya los corazones, las piedras, y someter á escucharlo y seguirlo, no solamente los pueblos del mundo, los peces del mar, resucitando así los muertos, porque siempre supera el amor á la muerte, y llevando su influjo hasta los objetos inertes y fríos, que se mueven y se animan y se eterizan tras las creadoras irradiaciones del Verbo. Buenas ó malas, consideradas literariamente, las católicas y republicanas oraciones del Santo le dan derecho á ser contado entre los fundadores de la oratoria política moderna y entre los precursores más ilustres de la revolución francesa.

Su principal obra política fuera la guerra y combate al tirano de Padua, que representaba la transformación de los caballeros feudales en tiranos podestás. Llamóse tal déspota Eccelino. Nació Eccelino destinado á todos los crímenes el año 94 de la duodécima centuria y nació Antonio destinado á todas las virtudes el año 95 de la misma centuria. Ningún efecto más natural, dado los opuestos caracteres de uno y otro, que Antonio viera en Eccelino el demonio materialmente, ó por lo menos uno de aquellos endemoniados que adolecían de continuas epilepsias y se retorcían al estallido del genio malo en su pecho, y babeaban rabias hidrófobas de sus labios cárdenos, como de sus ojos siniestros fulguraban infernales centellas. No hay en esto de creer á Eccelino el diablo así como alguno de histórica neurosis en Antonio; todo lo contrario, hay un conocimiento perfecto de la realidad pensándolo. El anatema de los profetas á Nabucodonosor y el Apocalipsis de los tiranos contra Nerón sigue. Los pueblos creían al tirano Satanás en persona; y no fiaban solamente al hierro la defensa y salvación de sus hogares; las fiaban al exorcismo también. Tirano de siervos, reducidos á la servidumbre por sus combates, y vasallo de Césares, adulados por su perfidia, Eccelino adolecía de cuantas culpas pueden caber en los déspotas y de cuantas pueden caber en los esclavos. Ante las contrariedades, servil, y ante los triunfos, arrogantísimo; cortesano con los superiores y de los inferiores verdugo; raptos antiguos de mujeres hermosas y ricas lo habían engendrado para que fuese atávico heredero de seculares violencias, como estremecimientos del suelo, atravesado por el terremoto, le habían mecido en su cuna para que se destetara en la guerra, como si el huracán fuera su aire respirable único, y tomara, sustituyendo la conciencia, suprimida en él como la vista en el ciego de nacimiento, un abismo de horrores donde se hundían las genera-